

SEGUNDA

INSINUACION PATRIÓTICA,

en que se refieren varias tonterias de los Frayles; y se prueba nuevamente que se deben suprimir del todo, porque son la ruina de los Estados.

En ardua empresa me meto, pues he de combatir contra una clase de gentes, que aunque caída, se acuerda todavía de su antiguo poder, que espera recobrarle bien pronto, que es inexorable contra aquellos que mira como á enemigos; y que en sus disputas recurre al instante á la religion, arma terrible, de la qual se ha abusado tan inhumanamente en nuestra España; y que si alguna vez se ha empleado en reprimir el error, las mas ha servido solo para sofocar el grito de la santa verdad.

Los Frayles han llamado libelo infamatorio á mi primera Insinuacion. Esto, léjos de parecerme extraño, me hubiera por el contrario admirado muchísimo de que no hubiese sucedido así. Acostumbrados estos hombres á nuestra profunda veneracion y respetos, en lugar de oír de nuestra parte reconvencciones sobre sus errores y extravíos, hemos santificado en cierto modo sus vicios con nuestra baxa supersticion; pero los tiempos se han mudado: la divina Libertad ha venido á poner cada cosa en su lugar: lo que es malo, se llamará malo sin respeto ni miramiento humano: todo se pe-



sará en la balanza del interés público, y este gran principio será nuestra primitiva y suprema ley.

Entro pues en materia, repitiendo lo que dixe en mi primer discurso, y es, que las instituciones Monásticas, consideradas baxo el aspecto de la política, han sido en todos tiempos perjudicialísimas á los Estados, á cuya despoblacion, pobreza y ruina han contribuido evidentemente. Yo no niego que entre los Monges y los Frayles no haya habido grandes Santos: los venero como católico cristiano; más no es esto de lo que se trata, lo que se pretende probar es, que las corporaciones religiosas han causado muchos males, y que si algunos de sus individuos han sido útiles y buenos, las comunidades en general han estado muy léjos de serlo.

Bien notorio es á qualquiera que tenga la mas leve noción de la Historia Eclesiástica, que los Monges se multiplicaron tanto en el Oriente que se podian formar de ellos exércitos enteros; y que en las freqüentes disensiones que agitaron por espacio de tanto tiempo aquella Iglesia, tomaron muchas veces las armas, y cometieron tales atrocidades y excesos, que quando uno los está leyendo, se le figura que lee la relacion de un motin de Genízaros; pero para que se vea hasta que punto pudo llegar la extravagancia monacal en aquellos desgraciados países, copiaré un pasage relativo al siglo XIV.

Entretanto que los Turcos invadian las provincias del Imperio Griego, distraian los Monges la atencion de los ciudadanos y los cuidados del Gobierno ácia un objeto el mas despreciable y ridículo que haya podido caer jamas en la locura humana.

»En el siglo XI se habian levantado entre ellos ciertos »contemplativos, cuyas ideas sobre la union del alma con »Dios, tenian mucha relacion con las de los Quietistas modernos. Llamóse á estos Monges Hesycastos, palabra griega, que tiene la misma significacion que la voz Quietista. A »los principios no formaron secta formal, y el modo como »se manejaban no daba indicios de que desearan perturbar la »Iglesia con sus opiniones; pero con el tiempo se hicieron

„alborotadores y fanáticos , tanto como los mas fogosos
„sectarios que les habian precedido.

„Los primeros Hesycastos se gloriaban de ser discípulos
„del Abad Simeon ; pero aunque pretendiesen haber bebido
„su doctrina en sus obras , añadiéron á sus máximas de es-
„piritualidad tantos sueños , que muy pronto se desfiguraron.

„Quando estos falsos místicos se ponian en oracion , se
„agitaban , volvian la cabeza , meneaban los ojos de un mo-
„do indecente , y hacian esfuerzos increíbles para excitar en
„sí aquella turbacion y conmocion que se experimenta quan-
„do la cabeza ha recibido impresiones violentas. A esto lla-
„maban desasir el alma de los objetos visibles , imponer si-
„lencio á las pasiones , y elevarse sobre todas las cosas cria-
„das. Con la violencia de estos movimientos se les turbaba la
„vista , y los objetos que al principio se le habian confun-
„dido , parecia que despues se alejaban y desvanecian. En-
„tonces ya no tenian mas que unas sensaciones confusas , á
„las quales no correspondia ninguna idea clara ni ningun
„pensamiento fixo. En este estado , comprimido su cerebro
„con los vasos sanguíneos que se habian hinchado , impri-
„mian en las fibras nerviosas aquellas vibraciones prontas y
„vivas , que hacen ver luces semejantes á los relámpagos. La
„imaginacion se acaloraba tambien , y venia á juntar sus
„fantasmas con las ilusiones de los sentidos. Entonces tenian
„aquellos resplandores por una luz celestial , y los miraban
„como un rayo de la gloria de los bienaventurados. Para col-
„mo de extravagancia creian que mirándose al ombligo se
„les presentaba esta luz divina.

„En los principios se trató de Visionarios á estos preten-
„didos alumbrados : desprecióseles , y se les dexó entregarse
„á sus sueños en lo interior de sus retiros. En esta obscuri-
„dad permanecieron hasta principios del siglo XIV , en que
„un Monge del monte Athos , llamado Gregorio Palamas , que
„habia renunciado honores y fortuna por darse á la vida
„contemplativa , adoptó las reglas que habia dado el Abad
„Simeon para guiar á los místicos en la vida interior , se lle-
„nó de las ideas que los Hesycastos habian añadido á estas

reglas, y empleó todo su entendimiento y alcances en acre-
 ditarlas. Escribió sobre estas materias delicadas, en que la
 ilusión toca tan de cerca á la verdad: examinó la naturale-
 za de aquella luz que descubrian los contemplativos en su
 ombligo; pretendió que era la misma luz que se habia de-
 xado ver en el monte Tabór, que era increada, eterna, in-
 corruptible; que sin ser la misma esencia de Dios, dima-
 naba inmediatamente de ella; por último que esta era una
 operacion de la Divinidad, su gracia, su esplendor, su
 gloria inmortal que se comunicaba á las almas desprendidas
 de la materia y los sentidos. Habiéndose esparcido los es-
 critos de Palamas, salió de su primera obscuridad la secta,
 cuyos principios habia desentrañado. Los que pasaban por
 mas versados en el arte divino de la oracion hicieron pro-
 sélitos, y tuvieron muy en breve un crecido número de
 discípulos y de sequaces llenos de zelo, en el clero, en el
 pueblo, entre los Obispos, y aun en la Corte, en donde no
 se daba acogida á las novedades con menos ansia que en
 qualquiera otra parte.

Los Palamitas, que es el nombre que se dió á los nue-
 vos místicos, despues que Palamas se hizo su caudillo, no
 fueron aprobados por todos, ni su doctrina tocante á la luz
 increada dexó de tener contrarios. El que mas se distinguió
 en esta disputa, cuyo fondo era tan frívolo, fue un Mon-
 je de Calabria, llamado Barlaam. Impugnó fuertemente la
 opinion de Palamas y de sus discípulos: defendió que la luz
 del Tabór era criada, y que la bienaventuranza de los San-
 tos en el cielo no consistia en gozar de esta luz. Este tuvo
 tambien parciales, y desde entonces se encendió una reñi-
 da guerra entre los dos caudillos y los dos partidos que se
 habian alistado baxo de sus banderas. El de Barlaam era el
 menos numeroso y el menos protegido. Otro Monge llama-
 do Acyndino se juntó con él contra los defensores de la luz
 increada; ambos peleaban con igual teson; y esta absurda
 disputa enardeció los animos de tal manera, que pareció
 digna de la atencion de los primeros Pastores. No se creyó
 que pudiese ser una cosa indiferente el enseñar que la luz

del Tabór, y la que iluminaba á los Palamitas en sus éxtasis fuese increada ó creada, eterna, ó accidental, emanada de la esencia divina ó extraña de ella. Pensóse que no convenia dexar la cosa indecisa, sino que era importante para el bien de las almas y la pureza de la fé, el sentenciar entre dos opiniones de las quales una habia de pertenecer precisamente á la verdad, y otra al error.

El Patriarca Juan de Apri congregó dos Concilios en la ciudad imperial, el uno el año de 1341, y el otro el de 1345 para decidir la cuestión. Barlaam se presentó en el primero, y Acyndino en el segundo; y aunque apretaron á sus contrarios con tanto vigor como sutileza, no por eso se declaró en su favor la victoria. Decidióse que la luz del Tabór era increada y divina, y sin hablar de la que veian los Palamitas en sus piadosos enagenamientos, se impuso silencio á entrambos partidos, y se prohibió con pena de excomunion el acusar de heregia á los Monges del monte Athos y sus discípulos, por causa de las prácticas á que estaban dedicados, y de las opiniones que seguian.

Ensobervecidos con esta doble victoria los Palamitas, no pusieron límites á sus pretensiones, y quisieron convertir á todos los que hasta entonces no habian pensado como ellos. Esta es la marcha regular de todas las sectas: si débiles y obscuras en sus principios se las quiere reprimir, claman injusticia y persecucion: si han hecho algunos progresos, y llegado á acreditarse, procuran engrandecerse y dominar; y por último, si por el favor y artificio han conseguido el dominio, entonces persiguen. Los discípulos pues de Palamas siguieron las huellas de todos los sectarios que les habian precedido. Extendieron por todas partes sus escritos: se jactaron ser ellos solos los que tenían las llaves de la ciencia y el secreto de la verdadera piedad: se introduxeron en las familias para hacer prosélitos: pintaron á Barlaam y á sus parciales como enemigos de la virtud, impíos que blasfemaban contra Dios, y sus divinas operaciones. Como la novedad agrada siempre, se les dió oídos, y á poco tiempo no se veian ya en la ciu-

»dad imperial mas que entusiastas que oraban sin cesar, con
 »los ojos clavados en el ombligo, esperando la gloria del
 »Tabor. Todo se dexaba por entregarse á este exercicio. Las
 »artes y oficios iban descaeciendo, las varias funciones de
 »la vida civil estaban abandonadas, las familias se hallaban
 »en confusion, las mugeres y los niños carecian de todo,
 »entretanto que los maridos y padres hacian ridículos esfuer-
 »zos para merecer gozar, como otros infinitos, de la luz
 »increada, objeto de todos sus deseos. Constantinopla en fin
 »estaba llena de turbación y desorden.

»El Patriarca Juan de Apri quiso remediar estos abo-
 »minables excesos; pero lejos de poderlo conseguir, fué de-
 »puesto en un Concilio por los audaces é intrigantes Pala-
 »mitas protegidos por el gobierno. Este proceder tan age-
 »no de la justicia aumentó los disturbios y exâsperó mas y
 »mas los ánimos por lo qual fué preciso convocar un nuevo
 »Concilio que era ya el quinto que se celebraba sobre este asun-
 »to. El Emperador Juan Cantacuceno asistió á él, y se con-
 »duxo mas bien como teólogo, que como príncipe. El mis-
 »mo expuso al congreso los puntos de doctrina, sobre que
 »tenia que deliberar; se hizo cargo de todas las razones, ó
 »por mejor decir de todas las sutilezas en que ambos parti-
 »dos apoyaban sus opiniones, y manifestó una erudicion,
 »que no parecia poderse esperar de un príncipe. La resulta
 »de todo este gran aparato fué la condenacion de Barlaam, de
 »Acindino y de sus parciales: decidióse entre otros puntos
 »que la luz del Tabor era increada, y que aquella de que los
 »nuevos contemplativos gozaban en la oracion, era como
 »esta una emanacion de la esencia divina. Despues de esta de-
 »cision triunfaron sin obstáculo los Palamitas, y persiguiéron
 »impunemente á cuántos reusaron comunicar con ellos y apro-
 »bar sus opiniones.»

Estas eran las sublimes é importantes especulaciones en
 que se ocupaban los monges en el Imperio Griego á media-
 dos del siglo XIV, con las que infatuaban al Pueblo, al Cle-
 ro, á los Grandes y á los Emperadores mismos, miéntras
 que los Turcos, nacion la mas temible y guerrera que se co-

nocia entonces, subyugaban todas sus Provincias, y establecían la religion de Mahoma sobre las ruinas sangrientas del cristianismo.

Pasemos ahora al Occidente, y examinemos si las ocupaciones de nuestros frayles en la misma época, eran mas útiles á la humanidad y mas ventajosas al Estado.

» La orden de los Padres Franciscos estaba todavia poco distante de su origen, quando ya una parte de los que la componian echaba en cara públicamente á la otra, haber incurrido en relaxacion, y dado siniestras interpretaciones á la regla del santo Fundador. La porcion que se gloriaba de haber conservado el espíritu primitivo, del que acusaba á los otros haberse desviado, habia conseguido permiso para vivir separadamente baxo la direccion de un superior particular, y con el nombre distintivo de pobres ermitaños, á fin de practicar con libertad la regla de S. Francisco en todo su rigor. Esta separacion no podia menos de desagradar infinitamente á los superiores principales de la orden, y así trabajaron en suspenderla, y reducir los discolos al regimen que habian abandonado. Estos, convencidos de que eran los verdaderos hijos de S. Francisco, y de que su espíritu residia en medio de ellos, se resistieron á los ruegos y amenazas. Tomaban el nombre de padres *espirituales*, y daban á los otros el de padres de comunidad, ó *conventuales*. El motivo, ó por mejor decir, el pretexto de esta separacion no podia ser mas frívolo. Este era la hechura del hábito, su color, la calidad de la tela, y la figura de la capucha. Los espirituales querian que el hábito fuese corto, estrecho, de color obscuro y de una tela vasta, y que la capucha fuese angosta y puntiaguda. Los conventuales por lo contrario preferian un hábito mas ancho, mas largo, y de tela mas fina, con una capucha menos puntiaguda y mas ancha.

» Este fué el motivo que introdujo la discordia en la orden de los Padres menores, cuyos principios habian sido tan exemplares y sus progresos tan rápidos. El Papa Clemente V. trabajó en el Concilio de Viena en restablecer la paz

»y union entre las dos porciones de la numerosa familia, »de que S. Francisco era el Padre. Publicó en él una cons- »titucion, por la qual determinó los puntos de la regla que »tenian fuerza de precepto, dexando á la prudencia de los »superiores lo que concernia á la figura y calidad de los há- »bitos; y por último proscribiendo todo lo que era contra- »rio al voto de una entera pobreza que distinguia á los »discípulos del santo Patriarca de los demás Religiosos. El »Pontífice exôrtaba tambien en esta Bula á los padres de la »comunidad, á sufrir con paciencia á los espirituales, y á »estos á conservar la paz y caridad fraterna con los otros; »pero los mas se obstinaron en la falsa idea de perfeccion en »que estaban imbuidos, y que era la verdadera causa de la »disension.

»Al altercado ocasionado por la hechura y calidad de los »hábitos se agregó otro todavia mas ridiculo. Los espiritua- »les pretendian que el voto de desapropiamiento y pobreza »los despojaba de tal modo de toda propiedad que no tenian »aun la de las cosas que se consumen y destruyen con el uso, »como el pan, vino y otros alimentos. De aquí concluian, »que no era lícito á los religiosos tener bodegas ni dis- »pensas para conservar mantenimientos; y consideraban es- »tas precauciones como absolutamente contrarias á la re- »gla, y destructivas del voto de pobreza. Quando se les »preguntaba de quien era la propiedad de las cosas de que »habiamos de hablar, puesto que no tenian mas que el uso »de ellas, respondian que eran del Papa y de la Iglesia Ro- »mana; propiedad de que los Pontífices y su iglesia no te- »nían que cuidar mucho, pues era puramente ideal, y no »añadia nada á sus riquezas.

»No es difícil conocer quan fútil es esta opinion, no te- »niendo otro fundamento que una distincion falsa, ó á lo »menos tan sutil, que no es fácil percibirla ni determinarla. »Sin embargo causó en la órden de los padres Franciscanos »una discordia, cuyos efectos se extendieron muchísimo, y »que no quedó como otros muchos altercados monásticos en- »cerrada en la obscuridad de los claustros, sino que salió

«fuera , perturbó á la Iglesia , los Papas se ocuparon en ella
 «seriamente , se emplearon suplicios para castigar á los mas
 «tenaces , y se vió al Emperador Luis de Baviera hacer cau-
 «sa comun con los partidarios del absoluto desapropiamien-
 «to , porque eran enemigos del Papa como él. Gregorio IX,
 «Inocencio IV, Nicolao III , Martino IV , y Nicolao IV ha-
 «bian favorecido la opinion que acabamos de exponer. El
 «trabajo que se habian tomado de exâminar una cuestión
 «tan frívola le habia dado mas valor del que merecia. Los
 «espirituales habian tomado alas con esto ; y viendo de su
 «parte la autoridad del Sumo Pontífice , combatieron á sus
 «contrarios con esta arma victoriosa , lo qual era suficiente
 «para que la opinion contestada prevaleciese. Un capítulo ge-
 «neral de la Orden la autorizó con un decreto solemne , en
 «el que se estableció que se estuviese á la decision de Ni-
 «colao III, en que habia declarado este Papa, que el dominio
 «de las cosas gastadas por los hijos de san Francisco , per-
 «tenecia á la Iglesia Romana , y que los particulares de la
 «órden misma no tenian mas que el uso de ellas. De este
 «modo parecia estar decidida la cuestión ; pero los ánimos
 «no quedaban satisfechos ni sosegados ; antes por el contra-
 «rio se enardecieron mas que nunca , y la decision que
 «habia de reunirlos fué precisamente la que los enagenó mas
 «y mas , mirando los unos como injuriosa la decision que
 «era favorable á los otros.

«El Papa Juan XXII estimó digna de su atencion esta
 «disputa. Exâminó con madurez en su Consejo la grave ques-
 «tion de los Padres Menores por lo relativo á comestibles y
 «otras cosas de la misma naturaleza. Se pesó el pro y el
 «contra como si se tratase de algun objeto que interesase
 «á la fe ó á las buenas costumbres. El exâmen no carecia de
 «dificultad , ó por mejor decir , era embarazoso ; porque se
 «habian escrito tomos enteros por una y otra parte , y se
 «habia hecho estudio de ostentar en este punto toda la eru-
 «dicion y sutileza de que era capaz una cuestión de esta es-
 «pecie. El Papa consultaba á los teólogos mas hábiles , y la
 «Universidad de París , preguntada tambien como el cuerpo

mas docto que habia en Europa, habia hecho sobre esto una larga consulta, en que no se escaseaban, ni los raciocinios ni las citas. Decia que Jesucristo y sus Apóstoles, modelos que S. Francisco se habia propuesto imitar, habian tenido la propiedad de algunos bienes, pues sin ella no hubieran podido usarlos legítimamente. De aquí se seguia que los imitadores de la pobreza enseñada y practicada por el Salvador del mundo y por sus discípulos, habian tenido el mismo derecho que ellos á las cosas destinadas para su uso, y que no era faltar al voto de desapropiamiento el seguir sus huellas. Juan XXII adoptó la opinion de la Universidad de París, y la autorizó con sus Bulas.

Esta nueva decision ponía á la autoridad pontificia en oposicion consigo misma. Los espirituales, obstinados como eran y resueltos á no rendirse, sacaron de aquí nuevos argumentos en su favor. Pretendiéron que Juan XXII, no habia podido anular la sentencia que Nicolao III habia pronunciado en este asunto, y achacando á la persona del Pontífice el despecho que les causaba su Constitucion, lo acusáron de prevaricacion y de error; de prevaricacion, porque se habia valido de la autoridad de la Silla Apostólica, para destruir lo que uno de sus mas ilustres predecesores habia establecido en virtud de la misma autoridad mejor aplicada; de error, porque deprimia la virtud de Jesucristo y de los Apóstoles, con la idea limitada y poco puntual que daba de ella. Quando la pasion guia á los hombres, y en fuerza de ella llegan á salir de los límites justos, jamas paran en los primeros extravios. Habiéndose atrevido los espirituales á culpar de error á la Cabeza de la Iglesia, despreciáron muy pronto toda autoridad. Adoptáron las opiniones y lenguaje de Pedro Juan de Oliva, uno de los fanáticos de aquel tiempo, á quien la quimera de una perfeccion aparente habia inducido á los mayores desordenes. *Satirizáron á la Iglesia Romana, le diéron los odiosos nombres de Babilonia, y de prostituida; calificáron de herege á Juan XXII, de Papa ilegítimo, y de Precursor del Ante-cristo.* Se apoderáron de mano armada de muchos con-

«ventos de donde echaron á los padres conventuales despues
«de haberlos maltratado indignamente. Luis de Baviera los
«admitió en sus Estados, y los patrocinó con todo su poder,
«bastando que fuesen enemigos del Papa para tener derecho
«á la proteccion de este Príncipe.” &c. &c.

De este modo resplandecian en los hijos de S. Francisco, á principios del siglo XIV , la moderacion , la humildad, la sumision, la sabiduria, y el amor á las cosas útiles y buenas. ¿Qué ventajas pues podia sacar la sociedad de unos hombres que turbaban la paz de la Iglesia y del Estado con tan inauditas sandeces , y que baxo la apariencia de una supuesta perfeccion , no respiraban mas que orgullo , ignorancia, fanatismo , sedicion , locura , ódio y venganza? El saludable influxo que si se quiere debian producir las virtudes de algunos individuos de estas numerosas corporaciones , ¿ bastaban acaso á compensar los infinitos males que causaban en comunidad? La simple razon natural dicta que no ; y me parece que es preciso estar lleno de parcialidad y de preocupacion para sostener la opinion contraria.

Por otra parte, para no ser mejores , generalmente hablando , que los demas hombres , para dexarse dominar de todas las pasiones que agitan al siglo ¿á qué abandonar la sociedad comun , separarse de ella , formar una república aparte , baxo reglas é institutos que es casi imposible observar? Bien es verdad que este es un efecto necesario é infalible de las leyes de la naturaleza. Los hombres en sus grandes reuniones , léjos de ser mejores , no hacen mas que comunicarse sus pasiones y sus vicios , y asi no es de extrañar que se hallen entre los llamados Religiosos todas las debilidades humanas.

Entre todos los pueblos del mundo cristiano , á ninguno le han costado mas caros los Frayles que á la nación Española. Desde los tiempos de Felipe III clamaba ya el Consejo por su reforma , que no se consiguió. En el Reynado de Felipe IV se publicaron algunas pragmáticas dirigidas á cercenar el luxo , y á restablecer la agricultura y la poblacion , que se hallaban en la mas espantosa decadencia ; pe-

ro los Frayles permanecieron inviolables, y lejos de ser reformados continuaron floreciendo y extendiéndose por todas partes, adquiriendo inmensas haciendas, y levántando vastos edificios donde pudiesen vivir bien ancha y holgadamente, porque esta es gente que no entiende de estrechuras. Entretanto la nacion estaba pobre, desangrada, exhausta, sin hombres ni dinero para sostener las larguissimas y sangrientas guerras que la abrumaron en aquella infausta época. Carlos II tuvo que vender los Vireinatos de México y del Perú para atender á las necesidades mas urgentes del Estado. Quando se empezó la guerra de sucesion no habia ni un solo castillo guarnecido, ni un cañon montado desde Rosas hasta Cádiz: los almacenes no tenian provisiones, faltaban fundidores de armas: los arsenales y astilleros estaban vacios; y hasta la arquitectura naval se habia olvidado; pero esto ¿qué importaba? para eso teniamos hermosos y reverendos Frayles que miraban todas estas cosas con la mas santa y profunda indiferencia. = M. M.



MADRID.

EN LA IMPRENTA DE VILLALPANDO.

Año de 1812.

Se hallará en la Librería de Hurtado, calle de las Carretas.